

**La personalidad y la obra de
Don Benigno Teijeiro Martínez**

Discurso lido o día 30 de agosto
de 1927 no acto da súa recepción,
polo ilustrísimo señor don

Julio Dávila Díaz

e resposta do excelentísimo señor don

Federico Maciñeira y Pardo de Lama



REAL ACADEMIA GALEGA



**La personalidad y la obra de
Don Benigno Teijeiro Martínez**

O solemne acto académico
no que foron lidos os dous
discursos recolleitos no
presente volume celebrouse
o 30 de agosto de 1927
no Salón de actos
da Real Academia Galega

A presente edición elaborouse a partir
do mecanoscrito orixinal custodiado
no Arquivo da Real Academia Galega

A resposta de Federico Maciñeira y Pardo de Lama
editouse a partir da edición orixinal publicada en 1927
pola Real Academia Galega

Edita
Real Academia Galega

© Real Academia Galega, 2019

Deseño da colección
Grupo Revisión Deseño

<https://doi.org/10.32766/rag.357>

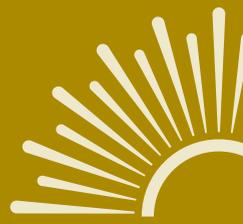
**La personalidad y la obra de
Don Benigno Teijeiro Martínez**



REAL ACADEMIA GALEGA

A Coruña 2019

Discurso do ilustríssimo señor don
Julio Dávila Díaz



Señores Académicos¹,

Por cariñosos requerimientos de dos ilustres compañeros, cuya memoria perdurará en el seno de esta docta Corporación, don Manuel Murguía y don Andrés Martínez Salazar, me comprometí, hará cosa de ocho años, a aceptar el honrosísimo cargo del cual hoy tomo posesión. Y nada más lejos de mi ánimo, entonces, el que esta aceptación llegase a ser un hecho real: en aquella fecha retornaba yo a América para seguir la lucha por la vida, dejando a aquellos ilustres varones confiados en mi palabra, la que yo no podría cumplir desde que, por imperio de nuestra carta orgánica, tal nombramiento debía tener un plazo determinado para caducar.

No fue así: si durante el largo intervalo de tiempo que duró mi ausencia no olvidé a esta Corporación, consagrándole en Buenos Aires mis mayores entusiasmos, tampoco a mí se me olvidó, y mi asiento entre vosotros, esperándome, continuó vacío.

Regresé: en el transcurso de estos años esos dos ilustres varones pagaron, desgraciadamente, el debido tributo a la muerte; solamente encontré su santo recuerdo en esta casa. Sus sucesores esperábanme para instarme a que cumpliera mi palabra, y, al fin, aquí me tenéis para preguntarme yo, a mí mismo, lo que me pregunté el primer día en que se me propuso tan elevado sitio, y parodiando a nuestro inmortal poeta: *¿E quien son eu?*

Yo no soy nadie; yo no tengo méritos suficientes para ocupar este asiento que dejó vacante el sabio catedrático de anatomía descriptiva y rector, varias veces, de la gloriosa Universidad de Santiago de Compostela, don Francisco Romero Blanco, yo no tengo más méritos que ser un admirador de vuestra obra, un amante de esta

1 El discurso del académico recipiendario es un amplio resumen de su obra *Benigno T. Martínez. Su vida y su obra. Apuntes biográficos-bibliográficos*, dada a publicidad en el mismo día en que se celebró este acto académico.



bendita tierra gallega y un idólatra del curruncho nativo, de Santa Marta de Ortigueira, al que consagré mi modestísima labor intelectual en diversas formas.

Mi ilustre antecesor dejó un enorme bagaje científico. Solamente su obra *Angio-neurología*, estudiando el sistema nervioso, es lo bastante para que su nombre haya pasado a la posteridad; su colaboración en la prensa santiaguesa, sobre asuntos políticos y especialmente literarios, muchos de estos escritos en nuestro idioma gallego, son lo suficiente para que la literatura regional recoja su nombre en las antologías; y las polémicas filosófico-teológicas, publicadas con el seudónimo de Franco Robla, han demostrado que su paso por el seminario, cuando cursó estudios eclesiásticos, fue muy aprovechado.

Como catedrático, si alguna vez sus discípulos se han quejado de su rectitud y severidad, reconocieron siempre que sus lecciones de clara exposición y palabra precisa y persuasiva encerraban la sabiduría del gran hombre de ciencia.

Y ya que el reglamento de nuestra Corporación impone a los recipiendarios la obligación de “leer en la junta en que tomen posesión un discurso, cuyo tema podrán elegir a su gusto”, en homenaje a la grata memoria de este insigne anatómico y filósofo, condensaré en breves cuartillas la personalidad y la obra de otro insigne gallego, don Benigno Teijeiro Martínez, ha poco tiempo desaparecido de entre nosotros; maestro también de varias generaciones y publicista de una labor asombrosa, que allá en tierras de América honró a su patria, honró a su raza y honró, con su solo nombre, a esta Academia.

Desde hoy queden unidos los nombres de estos preclaros varones que por su ciencia y sus virtudes dejaron tras de sí una gran estela de gloria para esta amada tierra gallega.

* * *

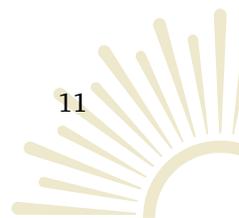
Don Benigno Teijeiro Martínez nació en la hermosa villa de Santa Marta de Ortigueira el 20 de septiembre de 1846. Su señor padre, perito agrimensor y secretario de aquel ayuntamiento, era hombre de gran cultura y trató de que uno de sus hijos, don Benigno, fuese sucesor suyo en su profesión.

Una vez hechos por este los estudios primarios en el pueblo natal, inició los secundarios en el Instituto de la ciudad de la Coruña, los que terminó en el de la de Lugo, recibiendo allí el título de perito agrimensor.

Su primer trabajo profesional fue el levantamiento del plano de la ría de Ortigueira, a fines de 1869, por recomendación de su amigo el industrial don Fermín Zelada y a insinuaciones del Vocal de la Comisión Permanente de Pesca, Excmo. señor don Mariano de la Paz Graells, el que por orden del Almirantazgo español verificó la exploración científica, en el verano del mismo año, de las costas del Departamento Marítimo del Ferrol, para buscar el lugar más apropiado para un Parque-Escuela Nacional de Ostricultura; cuyo plano, y la correspondiente Memoria descriptiva, regaló patrióticamente Teijeiro Martínez al señor de la Paz Graells para el Museo de pesca. Ese parque se estableció en aquella ría en 1876 y su vida fue de muy corta duración por falta de personal competente.

En el modesto archivo del ayuntamiento de Ortigueira pasó Teijeiro Martínez muchos días desempolvando pergaminos y viejos papeles, y allí adquirió la afición a los estudios históricos que tanta fama le habían de dar en América; y dando “pasantía” en el salón del Mirador del extinguido convento de dominicos, durante las vacaciones, a sus paisanos que de él solicitaban sus lecciones, fue como se inició en la dura y difícil tarea de la pedagogía, que ha sido la base de su justo renombre adquirido durante el largo cuarto de siglo que ejerció tan noble misión.

Necesitando un ambiente más amplio para su vida activa, fijó su pensamiento en la América, la tierra de las leyendas doradas, la tierra de promisión, y se embarcó para la hermosa Isla de Cuba. Muy pocos meses estuvo en la ciudad de la Habana, pues que, al conocer la noticia del fallecimiento de su buen padre, retornó en seguida al pueblo natal para hacerse cargo de sus asuntos profesionales.



Poco tiempo le duraron los entusiasmos por su profesión de perito agrimensor, solamente se dedicó a ella desde 1871 hasta mediados del 73. Por otra parte, no podía habituarse a la vida del pequeño pueblo, y menos aún a las pequeñeces de la política local en que actuó vivamente en ese breve período de grandes acontecimientos en España.

En el mes de septiembre de 1873 abandonó definitivamente su tierra natal dirigiéndose a Montevideo. En la república del Uruguay sólo residió unos meses dedicado nuevamente a la profesión de agrimensor, cuya vida, en los diversos departamentos que recorrió de ese país, de día en día le iba resultando más desagradable, por lo que resolvió trasladarse a la capital de la república del Paraguay, al lado de su paisano y amigo don Vicente I. Acéa, político militante y literato, hombre de gran cultura, con quien actuó en activas campañas, por las cuales, en diversas ocasiones, fueron duramente perseguidos en aquella época de inseguridad personal dimanada del caos en que quedó el país después de la cruenta y larga guerra que sostuvo con la “Triple Alianza”: Argentina, Brasil y Uruguay.

Cansado de esa vida errante, pensó seriamente en su porvenir, y en abril de 1875 se trasladó a la ciudad de Concepción del Uruguay, entonces capital de la provincia de Entre Ríos, en la República Argentina, en donde estaba establecido otro paisano suyo, acaudalado comerciante y persona culta y bien relacionada, don Antonio López Piñón, quien lo presentó a los intelectuales de ese importante centro cultural del país.

* * *

Sin pérdida alguna de tiempo se preparó para los brillantes ejercicios que hizo en el siguiente año –1876– ante el Departamento de Educación de la Provincia para obtener el título de Preceptor de Escuelas Primarias, siendo nombrado Director de la Escuela de Varones número 2 de la Capital. En 1879 el gobierno de la Nación Argentina lo nombra profesor del histórico Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, grandiosa institución fundada por el Capitán General don Justo José de Urquiza, con ilustres profesores especialmente contratados en los grandes centros de enseñanza europeos, y en ella Teijeiro Martínez dictó las cátedras de Historia Argentina, Historia de América, Historia Contemporánea de Europa y América, Historia Antigua, Historia Sagrada, Geografía Argentina y Aritmética Razonada,

hasta 31 de enero de 1903 en que fue jubilado con veintiséis años de servicios, sin interrupción alguna, y a los cincuenta y seis de edad. En los dos últimos años dictó a la vez clase de Historia en la Escuela normal de maestras de dicha ciudad.

El senador Etcheverry, al hacer el elogio del ilustre maestro en la Cámara entrerriana, con motivo de su fallecimiento, dijo:

Algunos de los señores senadores que se sientan en estas bancas [...] lo tuvieron como maestro en el histórico Colegio Nacional del Uruguay, y otros pudieron admirar de cerca sus méritos, ya con la lectura de sus copiosas obras, ya disfrutando de su amena y siempre entretenida plática.

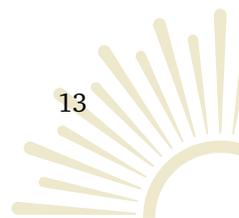
Don Benigno —como respetuosa y cariñosamente le llamábamos los que tuvimos la suerte de contarnos entre sus alumnos y también los que se honraron con su amistad—, don Benigno, digo, ese viejecito que en sus últimos tiempos lo veíamos andar a pasitos cortos, deteniéndose a cada instante, quizá ansiando reconocer con quienes se enfrentaba en su camino; ese viejecito [...] es a quién hoy, por personal inspiración y también respondiendo a la sugerencia de mi distinguido colega el señor senador por Tala, doctor Leopoldo Monzón, quien, como yo, quiere cumplir con un deber de gratitud, deseo que la Cámara le rinda el merecido homenaje a su memoria...

Desfilaron año tras año ante su prestigiosa cátedra miles de alumnos, renovándose continuamente, sólo el maestro, el buen maestro, continuaba siendo el mismo. Sus discípulos, dispersos por todos los ámbitos del país, ocupan las más diversas posiciones de labor honrada. He ahí el fruto sazonado de las simientes arrojadas con toda prodigalidad por aquel fervoroso sembrador...

* * *

Su labor literaria la inició en su pueblo natal con la relación de las “Impresiones” de su viaje a la Isla de Cuba, obra que no llegó a publicarse, y con algunas coplas de poeta novel, que ha puesto en música su paisano y amigo don Pedro Castiñeiras.

En la prensa de Montevideo publicó sus otras impresiones sobre el Uruguay; y en la Asunción del Paraguay, a la par de fogosos artículos políticos, dio a publicidad algunos trabajos literarios y además el drama histórico en prosa y verso, tres actos y un epílogo, titulado *Independencia y Tiranía o el Doctor Francia*, representado con gran éxito en el Teatro Nacional de la Asunción, y más tarde en Buenos



Aires, en cuya obra llevó a la escena toda la época de la formación de la nacionalidad paraguaya. Esta obra es la primera que se ha impreso de la extensa bibliografía de Teijeiro Martínez.

La obra literaria de gran aliento, con la cual se dio a conocer en la Argentina, colocándose a la par de los buenos escritores de esos países de la América del Sur, fue *La Argentina. Ensayo literario sobre los vates contemporáneos de ambas márgenes del Plata*, publicada en 1877 y 1878, la que fue muy bien recibida por la crítica.

Con el *Compendio de la historia Argentina desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días*, publicada en 1879, y los *Apuntes históricos de la Provincia de Entre Ríos*, que dio a luz en 1880, comenzó de lleno su labor de historiógrafo, sobre la cual, todos los años sin interrupción hasta 1907, dio a luz diversos trabajos. Después de esta fecha su labor fue aminorándose a causa de su salud un tanto quebrantada.

En 1885 publicó el *Curso elemental de Historia Argentina*, de cuya obra se publicaron nueve ediciones, y las *Nociones de Historia Argentina*, que alcanzó hasta la 16ª edición. La crítica Argentina recibió estas obras con encomiásticas alabanzas; no lo fue así por parte de algunos elementos españoles que, bastantes años después, censuraron a Teijeiro Martínez por haber escrito y enseñado una historia argentina que, en algunos casos, molestaba injustamente el patriotismo español, a pesar de que él ha tratado siempre de suavizarla, dentro de lo posible, en aquel ambiente de exagerado patriotismo. Durante el primer siglo de la independencia argentina, la historia de ese país hubo de hacerse, necesariamente, a costa de España, y en aquella época de lucha para la formación de las nuevas nacionalidades hispanoamericanas se han sentido ilusorias apreciaciones, hijas de la excitación del momento, para impresionar al pueblo, las que, con el transcurso de los años, han ido adquiriendo contornos de hechos reales, intangibles, que sólo después de mucho tiempo y de muchos estudios y discusiones van desapareciendo. Desde que Teijeiro Martínez dio a publicidad esas obras mucho ha cambiado en la Argentina y en toda la América hispana el concepto de la Madre Patria. Quiene en aquellas épocas se atreviera a variar cualquier concepto histórico tenido como sagrado, caería en completa desgracia, aparte de que cada rectificación u omisión que se intentase ocasionaría polémicas imposibles de sostener por ningún escritor extranjero —y muy particularmente español— y menos aún por un profesor nacional. La obra de depuración

histórica que se está haciendo tardará aún algún tiempo en reflejarse en los libros de texto.

También su obra *Antología argentina*, dos volúmenes, publicada en 1890, el primero de los cuales está formado por trozos selectos en prosa y el segundo en verso, ha sufrido la misma crítica que la mencionada labor histórica, por si algunos de los trabajos elegidos eran hirientes para España. En esta selección, o había que prescindir de algunos escritores consagrados entre los primeros en la Argentina, o publicar de ellos lo mejor, que podía ser afectuoso para la Madre Patria.

El patriotismo español de Teijeiro Martínez está plenamente demostrado en grandes campañas hechas en la prensa en defensa del buen nombre de España. Sus trabajos *Misión civilizadora de los españoles en la conquista de América*, premiado en los juegos florales organizados por el Centro Gallego de Buenos Aires en 1884, los que presidió el insigne literato y expresidente de la República Doctor Avellaneda; la *Memoria acerca de la conquista y fundación de los pueblos de Entre Ríos*, en que pone de relieve la legendaria figura del colonizador español don Tomás de Rocamora, fundador de gran parte de los pueblos de Entre Ríos, por cuyo trabajo la Municipalidad de Concepción del Uruguay le otorgó una medalla de oro; y la defensa que hizo de Galicia en una colección de eruditos y patrióticos escritos publicados con el seudónimo de Santiago de Mera, que usaba en *La prensa española* de Buenos Aires, en 1885, por indiscretas apreciaciones que un escritor español hizo del pueblo gallego, le valieron justas alabanzas, no sólo de la colectividad gallega del Plata sino de todos los españoles.

La publicación de la revista mensual –por el fundada– *El investigador. Ciencias, Artes y Letras*, durante los años 1887 al 90, en la que aparecieron cincuenta y seis artículos históricos, biográficos y críticos, labor suya, fue un enorme esfuerzo de investigación. Como complemento de esa publicación, dio a luz, formando un volumen de 220 páginas, el *Archivo Histórico de la provincia de Entre Ríos*, años 1516 a 1810.

Lujosamente editada por la Casa Peuser, en 1892, publicó en dos volúmenes, la importante obra *Cartografía histórica de la República Argentina*, conmemorando la fecha del Descubrimiento de América.

Su obra más importante, entre las publicadas, y que por ella sola pasará su nombre a la posteridad, es la *Historia de la provincia de Entre Ríos*, cuyo primer



tomo apareció en 1900, el segundo 1910, el tercero en 1920, y dejó listos para publicar el cuarto y el quinto y último.

Un notable crítico, hablando de Teijeiro Martínez, condensó en pocas líneas el verdadero valor de esta obra:

Su *Historia de Entre Ríos* —dijo— es, más que todo, una documentada verdad. Por eso será eterna. Los que vengan después agregarán el elemento filosófico que irradiando como un sol fije normas con sus grandes enseñanzas y sus amplias deducciones. Pero toda esta construcción se elevará sobre el pedestal de granito, firme y sólido, que ha sido la tarea poderosa de sus nobles esfuerzos. La base, lo más difícil y lo más ingrato, es de él, exclusivamente de él.

El diputado don José María Garayalde, al votar la ley de subvención para reimprimir el tomo primero de esa obra, dijo:

Hace cuarenta años que el señor Martínez emprendió esta obra grandiosa de dotar a la provincia de Entre Ríos de su historia escrita de que carecía. Fue necesario comenzarla, valiéndose primero de la busca de antecedentes en documentos oficiales y luego en documentos particulares, que posee en su archivo...

Concluye exhortando a la Cámara para que se demuestre que los representantes del pueblo entrerriano saben premiar el esfuerzo realizado por el viejo historiador y maestro.

Los diputados señores Texier y Rivara pronunciaron calurosos discursos ensalzando la labor histórica de Teijeiro Martínez.

Con ser muy importante ese monumento de la Historia que legó al pueblo argentino y muy especialmente al entrerriano, los hombres de ciencia estiman de mayor valor la obra que dejó inédita y que dio a conocer en el Congreso científico latino-americano celebrado en Buenos Aires en 1898, al que presentó las magnas obras tituladas *Vocabulario políglota del Río de la Plata*, en diez tomos; *Ensayo etnográfico-histórico de las naciones indígenas del Río de la Plata*, con el plan de su clasificación y ubicación en la época colonial, que consta de seis tomos; por cuyas obras fue muy felicitado por todos los miembros de ese Congreso.

La labor españolista de Teijeiro Martínez ha sido muy modesta, si se compara con la que consagró a su patria de adopción, y casi toda ella se refiere a Galicia y muy especialmente a su tierra natal, la comarca ortigueiresa, con excepción de

los trabajos mencionados, al poner de relieve su innegable patriotismo español y el trabajo que hizo con el título *Orígenes del periodismo argentino y español en el Río de la Plata*.

Desde 1872 tenía inédito *Apuntes para la historia de Santa Marta de Ortigueira*, de los que publicó siete capítulos en *El eco de Galicia* de Buenos Aires, en 1893 y 1894, y dos capítulos en 1896; y con el título “Prehistoria ortigueuse” un capítulo en mi obra *Apuntes históricos y descriptivos de Ortigueira*. También publicó dos artículos titulados “Los Armadas de Santa Marta”, del libro inédito *Riverañas*. Y sobre la histórica comarca de Bares un pequero estudio que tituló *La región ortigueuse y Mr. Dodgson*.

En un pequeño opúsculo y con el título *Un naufragio*, hizo el relato del acaecido a la corbeta Guadalupe 4.^a en las islas de Cabo Verde, en la noche del 20 al 21 de noviembre de 1865, en el que dio a conocer el héroe Antonio Martínez Piñón, hijo de la villa de Ortigueira, quien, con riesgo de su vida, salvó a ciento cincuenta supervivientes.

Publicó también una pequeña novela, titulada *Esther* –leyenda romántica contemporánea– de marcado sabor local ortigueirés; y, en *El eco ortegano* dio a publicidad otra novela de carácter histórico gallego, denominada *La de Zúñiga*.

Con el título de *Gallegos ilustres en América durante el descubrimiento y conquista* publicó dos opúsculos, y otro más tarde; un estudio crítico sobre el poeta gallego *Aurelio Aguirre y su tiempo*.

Además, dio a publicidad dos extensas monografías crítico-históricas sobre *Fray Felipe de la Gándara*, cronista del siglo XVII y *Fray Fernando de Ojea*.

La extensa bibliografía conocida de Teijeiro Martínez, dentro del período que media entre 1871 y 1924 en que publicó su último trabajo, abarca ciento ochenta y cinco diversas producciones, sin incluir su labor de periodista político y lo publicado sin su firma.

* * *

Su actuación social ha sido también muy eficiente.

Al poco tiempo de su llegada a Concepción del Uruguay se casó con la señorita doña Francisca Soler Detrell, nacida en Barcelona y profesora normal, que, a la



vez que otros ilustres pedagogos europeos, fue llamada por el gobierno argentino al reorganizar la instrucción pública del país. Con ella formó un hogar que acogió con cariño la sociedad uruguaya.

El gobierno del Paraguay lo nombra cónsul de ese país en Entre Ríos.

El gobierno de Entre Ríos lo comisiona para reunir y coleccionar los objetos que se enviaron a la Exposición de París de 1878, y le encomendó el levantamiento del Censo Suplementario de la Provincia, en 1880, para la Comisión Nacional. En 1882 concurre al Congreso Pedagógico reunido en Buenos Aires y en el mismo año, por designación del pueblo de Concepción del Uruguay, redactó el memorial reivindicatorio de los derechos de la Capital Histórica de la provincia ante el despojo hecho por el gobierno, trasladándola a la ciudad de Paraná.

En 1886 fue designado miembro de la Comisión departamental para la Exposición General de Paraná.

En las elecciones municipales habidas en Concepción del Uruguay en 1891 fue elegido concejal (reelecto en 1893 y 1897) y designado Presidente del Concejo deliberante municipal, y en 1892 desempeñó interinamente el cargo de Intendente de la municipalidad.

En ese mismo año 1892 fue nombrado miembro de la comisión redactora de la obra *Entre Ríos* para la Exposición de Chicago y miembro de la comisión de la Exposición Artística celebrada por el Colegio Nacional, en conmemoración del cuarto centenario del Descubrimiento de América.

En 1895 es nombrado presidente de la Comisión del Censo Nacional en el departamento del Uruguay, y en 1897 se le designa miembro de la comisión para la Exposición Nacional de 1898. En este año se le elige presidente de la Comisión Patriótica de Empleados del Uruguay para la adquisición de un buque de guerra que se donó al gobierno de la Nación.

Y, en 1902, es comisionado por el pueblo de Concepción del Uruguay para apersonarse, con dos convecinos más, al gobierno nacional reclamando contra el proyecto de hacer un nuevo puerto fluvial cerca del de Uruguay, que vendría a anular a este.

La enorme labor científica y literaria de Teijeiro Martínez le ha valido ser nombrado miembro correspondiente de las siguientes instituciones: nuestra Real Academia Gallega, Sociéte Académique d'Histoire Internationale de París, Instituto

Geográfico Argentino de Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, Academia Americana de la Historia de Buenos Aires y Sociedad de Estudios Científicos de Paraná.

* * *

Después de haber sido jubilado como profesor del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay se consagró especialmente al cuidado de su salud, bastante quebrantada en aquella fecha, y continuó residiendo en la misma ciudad hasta 1911 en que se trasladó a la de Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos. El gobierno de ese estado argentino le encomendó la reorganización del Archivo de la provincia, nombrándole después jefe del mismo, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento, el 18 de agosto de 1925, a los setenta y ocho años de edad.

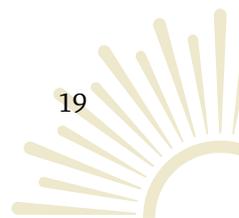
El pueblo de Entre Ríos consideró aquel día como día de luto. Tan identificado estaba con el anciano maestro que, aun conociendo todos su calidad de extranjero, lo consideraban como argentino, pues no en vano había vivido entre ellos medio siglo y había sido el querido profesor de dos generaciones.

Entre los homenajes póstumos rendidos en la Argentina a este ilustre hijo de Ortigueira citaré los principales:

El Poder Ejecutivo de la provincia de Entre Ríos decretó izar la bandera a media asta durante el día del sepelio y que a este concurriese, en su representación, el Ministro de Gobierno.

La Municipalidad de Concepción del Uruguay decretó también que en el palacio municipal se tuviese la bandera a media asta y se hizo representar en el acto del sepelio. Mas tarde, con motivo del centenario de la declaración de Ciudad de Concepción del Uruguay, dio el nombre de Benigno T. Martínez al bulevar interno del municipio, sobre el que se halla la estación del ferrocarril.

El Ministro de Justicia e Instrucción Pública del Gobierno Nacional ordenó la suspensión de las clases en el Colegio Nacional de Paraná el día del sepelio, invitando a los profesores y alumnos a concurrir a ese acto, y lo mismo en la Facultad de Ciencias de Educación de dicha ciudad. El Colegio Nacional y la Escuela Normal de Maestras de Concepción del Uruguay mandaron representantes al acto del sepelio.



El Ejército Argentino –3.^a División– Comandancia de Paraná, presentó sus condolencias.

Las Cámaras de Diputados y Senadores de Entre Ríos, en sus primeras sesiones después del fallecimiento de Teijeiro Martínez, se pusieron en pie en homenaje al ilustre muerto y pronunciaron sentidos discursos necrológicos el diputado Galina y el Senador Etcheverry.

La Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, institución argentina que reúne en su seno las más altas intelectualidades del país, dedicó la sesión del 30 de agosto de aquel año a honrar la memoria de su miembro correspondiente en Entre Ríos.

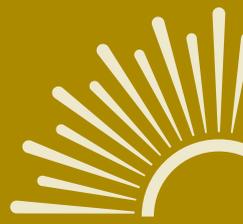
Y, finalmente, nuestra modesta Asociación Protectora en Buenos Aires mandó colocar en la tumba del esclarecido académico una lápida de bronce como homenaje.

* * *

He ahí, a grandes rasgos, la personalidad de don Benigno Teijeiro Martínez, casi desconocida en su propia patria a la que siempre recordó y amó con cariño entrañable. Un hombre todo bondad, a cuyas puertas jamás llamó inútilmente ningún emigrado, y más si invocaba su condición de español; un hijo de Galicia que murió añorando el terruño por encima de todas las cosas. Con insistencia me pedía periódicos de Ortigueira los que pretendía leer, a pesar de su total ceguera en los últimos cuatro años, valiéndose de anteojos y de potentes lupas; decía que ese era el único placer que ya le quedaba en su vida. Al hallar en esos periódicos nombres para él desconocidos y cosas nuevas, después de medio siglo de ausencia de su Santa Marta –como siempre le llamaba al pueblo natal– se hacía informar por quienes pudieran darle explicaciones que hiciesen enlazar esas noticias con los recuerdos de su juventud; debido a su prodigiosa memoria recordaba hasta las pequeñas minucias de su lejana mocedad.

¡Que esta su tierra agarimosa, que no es ingrata, le pague con el mismo amor: recordándolo!

Resposta do excelentísimo señor don
Federico Maciñeira y Pardo de Lama



Hijos ambos de aquella prodigiosa tierra de ramificadas rías, que preside y señorea desde la confluencia de las aguas del Atlántico y del Cantábrico el alto promontorio Ortegale, de ostentosa cima, que, cual expresó el poeta latino Avieno, al áspero septentrión la presenta; ligados igualmente los dos por un viejo afecto y hermandad de sentimientos, de anhelos y de aspiraciones hacia el amado rinconcillo de nuestro nacimiento, que el espíritu de sacrificio en aras del mismo ha venido a consolidar, y dedicado parte de este acto académico a enaltecer la memoria de un esclarecido publicista gallego que es la más destacada figura intelectual del venerable solar ortigueirés en los tiempos modernos; he ahí las causas de que sea precisamente yo quien a nombre de la Academia tenga el honor de contestar al nuevo compañero, cuando otros con muchos mejores títulos pudieran hacerlo.

Y realmente yerro al calificar de nuevo miembro de la Academia Gallega a D. Julio Dávila Díaz, porque aún aparte de figurar ya de antiguo entre sus más distinguidos correspondientes, su brillante y fecundísima labor en la gran nación argentina, como socio fundador y tesorero y secretario de nuestra benemérita Asociación Protectora en Buenos Aires, donde vino realizando constantemente a favor de esta corporación un trabajo altamente provechoso en todos los órdenes de sus diversas actividades, digno de toda nuestra gratitud, le había de tal manera compenetrado con la Academia, que de hecho se le consideraba ya como elemento activo de la misma, hasta el punto de que tanto el venerable Murguía cuanto el ilustre Martínez Salazar, de feliz recordación, en los tiempos que respectivamente presidían esta institución, le designaron para ocupar uno de nuestros sitios cuando sus negocios le permitiesen retornar de vez a la tierra amada. El ingreso oficial en este momento no viene, pues, a representar más que algo así como una fórmula, a fin de confirmarle reglamentariamente lo que ya en el orden moral se le tenía conferido, por lo cual, al franquearle con la mayor cordialidad las puertas de esta casa, puede muy bien decirsele: bien venido seas a tu viejo hogar.

Laborioso en sumo grado el Sr. Dávila, como educado en la gran escuela de las actividades americanas, y dotado de un espíritu muy sensible y depurado, dirigido por altos ideales, ha puesto generosamente tan excelsas cualidades al servicio de su país, consagrándole cuantos momentos pudo sustraer a las cotidianas obligaciones de sus cargos y empresas, no perdonando medio de contribuir a la mayor gloria y provecho de esta querida tierra. Para ello dedicose aquí con ahínco, durante las estancias de descanso, y allá, en el continente americano –tan grato a los hijos de Galicia– en medio de la vorágine de la lucha comercial, al estudio y publicación de importantes trabajos en los que expansiona su gran cariño al suelo natal, haciendo de éste una entusiasta propaganda sumamente fecunda.

“El rincón en que se vive –ha dicho Pleindoux en el Congreso de la Asociación francesa para el Progreso de las Ciencias celebrado últimamente en Grenoble– es el laboratorio en que se agrupan los hechos, en que se renuevan las observaciones, en que se coordinan, y se llega a la elaboración de las ideas generales, sin las cuales no hay ciencia, ni educación del espíritu”; pensamientos hoy predominantes que han conducido en la compleja ciencia geográfica al estudio de las llamadas regiones naturales, o sea con fisonomía propia, –o regiones geográficas como quieren Lefèvre y otros– que por extensión y apurando el argumento podemos aplicar a cada una de las comarcas que las integran, en las cuales la observación del medio puede aún, si se quiere, mejor depurarse, como, al parecer, comienza a entenderse en Rusia, en cuyos novísimos planes pedagógicos se llega ya a ello.

No sólo por el estudio científico en sí de la Geografía regional de España –escribe el insigne profesor L. de Hoyos Sainz tratando de nuestras regiones naturales– totalmente sin hacer, sino por la base de todos los estudios de aplicación geográfica, es preciso caracterizar las regiones naturales, países o comarcas, elemento esencial y genético del reparto de los hechos fisiconaturales, antropológicos, etnográficos, sociales, históricos y artísticos de un país.

Porque –en suma– para llegar a entender la tierra y los hombres, cual muy bien sintetiza el distinguido catedrático gallego Sr. Otero Pedrayo, hacen falta hondas labores aplicadas a pequeños grupos naturales.

Pues bien, D. Julio Dávila, inspirado, como dicho queda, por esa gran pasión hacia la comarca natal que tan poderosamente inflama el corazón de nosotros, los gallegos, y que aumenta siempre en razón directa de la distancia, vino pensando así desde que comenzó a preocuparse de laborar por el engrandecimiento del viejo

Condado de Santa Marta, y fruto de su clara inteligencia, de su gran laboriosidad y de su enorme perseverancia, así como de sus singulares aptitudes para esta especialidad, han sido monografías de tan apreciable interés cual *Apuntes geográficos del partido judicial de Ortigueira*, *Ortigueira*, y *Plano general de la comarca ortegalesa*, que en unión del curiosísimo estudio sobre el *Nombre genérico de los hijos de Ortigueira* forman un importante conjunto de materiales de gran valor para el conocimiento de esa localidad.

Y al condensar a medio de cartas, planos, detalladas descripciones, estadísticas y antecedentes históricos la geografía de la extensa región ortegalesa, ha prestado un excelente servicio a los generales intereses materiales y culturales del país, especialmente en orden al estudio del pasado, porque esta comarca, debido al destacado lugar que ocupa hacia el Norte, sobre la ruta de las primitivas navegaciones superoccidentales, determinando –repito– la divisoria de dos mares: Atlántico y Cantábrico, goza de gran abolengo en la geografía del mundo antiguo; ya que ella, en efecto, ha constituido la base obligada de rumbos y recaladas en la navegación a vela, a tal extremo que desde el viejo periplo púnico o massiolata en que se basó Avieno para componer su famosa *Ora marítima* hasta Claudio Tolomeo en su renombrada *Guía geográfica*, todos los nautas que informaron los primitivos tratados de ciencia geográfica relacionados con el occidente europeo, cuidáronse muy bien de mentar los cabos y demás particularidades de la costa ortegalesa, con un detalle, incluso en la enumeración de los grupos políticos que la poblaban, revelador, ciertamente, de la enorme importancia que, cual nos confirma el sabio alemán A. Schulten, le concedían. Significación náutica que, pese a los medios modernos de navegación, sigue aun conservando en gran parte este abrupto ángulo de fértiles valles y profundas rías ramificadas que penetran entre los cabos mayores Ortegal, Estaca de Bares y Prior; razones por las cuales importa mucho el minucioso conocimiento de país tan interesante, que los trabajos de nuestro nuevo compañero nos pone bien de manifiesto.

¡Ah!: si todas las localidades tuviesen un hombre de las aptitudes y de los arrestos de Julio Dávila, puestos generosamente al servicio de tan importante género de trabajos ¡cuán completa, depurada y, en suma, hermosa obra podría emprenderse para un detallado y exacto conocimiento de nuestra amada Galicia, hoy por cierto de tanta actualidad, efecto de las corrientes de atracción que el encanto de sus incomparables bellezas naturales, de su moderado clima, de su historia, artísticos monumentos e interesantísimas antigüedades que atesora, empiezan a promover!

Deseando también el nuevo académico consagrar un recuerdo de fervoroso afecto y admiración a su patria de adopción, en la cual tan destacado lugar ocupó en la floreciente colonia gallega, acaba de dar a la publicidad una singular monografía sobre temas de su especialidad: *Por tierras guaraníes*, en que, de manera muy sugestiva, nos va relatando la excursión de estudio y de placer que emprendió a través de las ricas provincias septentrionales de la República Argentina, ofreciéndonos unos admirables cuadros de gran color y factura que denomina, “Los aborígenes”, “Por el río de la Plata y el río Uruguay”, “Por Entre Ríos, Corrientes y Misiones”, “El río alto Paraná”, “Las cataratas del Iguazú”, “La raza indígena y su idioma”, “A través del Paraguay”, “La ciudad de Nuestra Señora de la Asunción” y “El regreso a Buenos Aires por los ríos Paraguay y Paraná”. Trabajo de verdadero relieve bajo diversos puntos de vista y por tanto acreedor a todo género de encomios.

Convenidos en reducir este acto a los límites estrictamente indispensables, no me extenderé en hacer más detallada relación de todos los méritos con que efectúa su ingreso oficial en la Academia Gallega, D. Julio Dávila; pero si en aplaudir con la efusión de un apasionado ortigueirés el gran acierto de haber elegido para tema de su Discurso de ingreso, un asunto tan altamente simpático y tan conveniente cual el de rememoraros la alta significación con que en el campo de las ciencias y de las letras americanas descolló un meritísimo gallego: el docto profesor don Benigno Teijeiro; viniendo con ello su cordial panegirista a rendir un nuevo y elevado testimonio de acendrado amor al pueblo natal, al exponernos de manera tan substanciosa el extraordinario valimiento del más preclaro hijo de Ortigueira en la edad contemporánea. Labor que, según acabáis de observar en el extracto leído, ha llevado a cabo de manera muy feliz, por lo bien pensado y sentido del esbozo biográfico.

Sumamente alejado de Galicia por el tiempo y el espacio el profesor Teijeiro Martínez, allá en el centro de los dilatados campos argentinos, en la Concepción del Uruguay, las exigencias de sus importantes cargos docentes, tan brillantemente ejercidos, y las de sus estudios sudamericanos, no menos relevantes, habíanle obligado a consagrar toda su poderosa actividad al acrecimiento de la cultura de aquel prometedor país, y ausente, ya desde su juventud, de la tierra nativa, que constantemente añoraba, pero a la cual no pudo volver, pese a los continuos propósitos de hacer –lo que su alma siempre gallega forjaba– la personalidad del señor Teijeiro habíase ido esfumando bastante aquende el Atlántico; motivo por el cual debemos de considerar como muy feliz la idea del nuevo compañero de traernos desde las

orillas del caudaloso Plata presente tan grato para nosotros como el de la exhibición de un positivo valor regional que por su sabiduría, por su alta significación intelectual, tanto contribuyó al enaltecimiento de Galicia en aquellas jóvenes naciones Suramericanas, a fin de que le rindamos aquí el debido homenaje de admiración de que le éramos deudores.

No quiere lo anteriormente dicho significar que el ilustre profesor del histórico Colegio Nacional de la Concepción del Uruguay hubiese vivido completamente al margen de la labor cultural de nuestro país, durante sus largos e ininterrumpidos años de expatriación, pues, todo al contrario, con el vivo interés de un buen hijo de su tierra seguía de cerca el movimiento espiritual de la misma, procurando acrecerlo en la medida que sus medios, elementos y cotidianas tareas se lo permitían a tan larga distancia, cual acaba sumariamente de exponernos el Sr. Dávila y cual con la debida amplitud puede aún mejor advertirse en el extenso estudio biográfico que con un desinterés nunca bastante alabado le dedica el nuevo académico.

Muy dado, singularmente, al estudio del pasado y profundo conocedor de los antiguos cronicones, por ser materia que aun preocupaba a los escritores de los tiempos en que Teijeiro Martínez, antes de ausentarse para la Argentina, hacía trabajos de investigación en algunas bibliotecas gallegas, la historia regional le es deudora de una plausible obra. *Historiadores gallegos* en que principalmente analiza la del P. M. Fray Felipe de la Gándara –ensayo crítico-histórico y bibliográfico acerca de su tiempo y de sus obras (edición única de 200 ejemplares)–, constituyendo tan erudito trabajo una notable labor depuradora de aquellos famosos libros que tanto han influido sobre las elucubraciones históricas del país en los siglos XVII y XVIII, maleándolas en grado sumo. No habiendo podido pasar nuestro ilustre paisano del volumen II consagrado a Fray Fernando Ojea, cuando el plan de la obra comprendía también al P. Pascasio de Seguí y al P. Juan Álvarez Sotelo; así como a D. José L. Labrade; D. José Vereá y Aguiar; D. Leandro de Saralegui; D. Leopoldo Martínez Padía; D. Benito Vicetto; D. Manuel Murguía; Barros Sivelo; Villaamil y Castro; López Ferreiro; Neira de Mosquera, y otros autores de monografías y crónicas locales.

Con la expresada publicación de los volúmenes 1º y 2º, consagrados –repetido– a los PP. Gándara y Ojea, ha prestado el esclarecido autor hispanoamericano un señaladísimo servicio a la erudición galaica, digno ciertamente de los mayores elogios y de que su nombre quede asociado al de los Fajardo y Fray Alonso Pernas que desde distintos campos de la humana actividad más ennoblecieron aquel ilustre

solar ortigueirés por viejas leyendas levantinas rememorado; por el gran Ariosto cantado en la famosa epopeya caballeresca *Orlando furioso* como residencia de la princesa Isabel “cabe un río caudaloso”, y, en fin, por Lope de Vega, el *Fénix de los ingenios*, bellamente descrito en valientes estrofas a su escudo de armas dedicado en la obra dramática *El primer Fajardo*.

Y esto es, señores Académicos, lo que, en brevísimos términos, en los puramente indispensables, puedo expresar en relación al gratísimo acto que aquí nos congrega, saludando cordialmente y dándole la más efusiva bienvenida en nombre de esta docta corporación al nuevo compañero D. Julio Dávila Díaz, de cuyas grandes virtudes y talento confiadamente espera la Academia nuevos y fecundos frutos.

Índice

DISCURSO DO ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON JULIO DÁVILA DÍAZ	7
RESPOSTA DO EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FEDERIDO MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA	21

Real Academia Galega

Rúa Tabernas, 11

15001 A Coruña

Tlf. 981 207 308

Fax 981 216 467

secretaria@academia.gal

www.academia.gal



REAL ACADEMIA GALEGA

